

Ion, o de la poesía por Hugo Blumenthal

En *Ion, o de la poesía*, el Sócrates de Platón construye su argumentación (“trampa” tendida a Ion) en base a dos argumentos fundamentales: 1) Dios ha atribuido a cada arte la facultad de juzgar sobre las materias que a cada una correspondan; 2) cuando se habla de unos mismos objetos (al interior de una ciencia o un arte), el hombre que puede dar cuenta de los que hablan bien puede dar cuenta de los que hablan mal (de lo que se concluye que si un hombre no puede distinguir al que habla mal, tampoco podrá distinguir al que habla bien respecto a un mismo objeto).

Estas dos ideas serán los pivotes, alrededor de los cuales girarán cuatro posiciones básicas, planteadas al individuo en relación con el arte poético, que a saber son en una serie de encadenamiento progresivo: la musa, el poeta, el rapsoda y el público. Respecto a los dos intermedios (el poeta y el rapsoda; los otros dos debemos inferirlos) se plantean también dos posibilidades: que obren merced al conocimiento (de un arte o ciencia), o mediante inspiración divina. Lo cual, por tratarse en este caso del discurso, abre en realidad tres posibilidades, siendo la intermedia un conocimiento sobre sí mismo, o sobre el arte del discurso (bien sea poético o rapsódico), no necesariamente sobre los referentes de ese discurso.

Empecemos por el poeta, al que Sócrates plantea interprete de los dioses, inspirado de la musa, y no del conocimiento de un arte; pues si el poeta estuviera “inspirado” por un arte o conocimiento al parecer tendría que conocerlo todo para poder hablar bien de todo, para no ser superado por ningún “simple” cochero en la parte que a este (por conocimiento de su arte), y al parecer sólo a este, respecta.

Aunque la posición de conocimiento total no se cumple para el poeta, posición por demás imposible o inconcebible (lo que quiere decir del orden posible de los dioses, para definir de entrada la posición de una posible musa inspiradora, justificando de entrada el juego de Sócrates), la posibilidad de que el poeta conozca (al menos) su arte (poético) es bien sorteada por Sócrates. Pero aquel conocimiento del arte poético ¿no llevaría acaso a afirmar que el poeta debería poder (al menos en teoría) sobresalir en composiciones diferentes a las suyas propias? Suponiendo que “sus” composiciones le pertenezcan de manera efectiva. Paradójica posibilidad (que al menos por ser “en teoría” parece sostenerse) que aquí sólo podemos esbozar, nombrándola al menos, pero obligados también a sortearla como Sócrates, por toda la problemática a la que nos remitiría una afirmación o una negación en tal calibre. Sorteamiento, pues, en últimas, que quizás es un índice más de la milenaria sabiduría de Sócrates. Lo que Ion, desafortunadamente, no percibe como posibilidad de hacer trastabillar en su implacable lógica a Sócrates.

Por tanto, de la muy natural imposibilidad de la primera y del inteligente sorteamiento de la segunda, se deduce (deduce Sócrates, y con él Ion, tan llevado de la mano como un lector desprevenido) que lo que permite al poeta hablar bien de todo (lo que no conoce) no puede ser más que la inspiración que le otorga la musa. Si logra hablar mejor que el cochero sobre el arte de manejar un coche se debe pues a la inspiración conferida por la musa (que como diosa conoce todo, mejor que cualquiera). El poeta queda salvado para regocijo de todos (quizá menos de un supuesto cochero desconfiado de la belleza), para “bien hablar”, ocupar el lugar que por lo demás se le reconoce.

Con esta deducción Sócrates también cierra, con broche, la eventualidad de volver sobre la segunda posibilidad, al decir que como los poetas no componen merced a su arte sino por una inspiración divina, cada uno de ellos sólo (!) puede sobresalir en la clase de composición a que le arrastra la musa. Así planteado, nada más lógico, sensato. ¿Cómo podría ser de otra forma? Si los poetas compusieran merced al arte de la poética sobresaldrían en toda clase de composiciones. Mas sin embargo ¿puede un poeta sobresalir en toda clase de composiciones sin la intervención de la musa? ¿Quién podría asegurarlo?

El caso del rapsoda es similar al del poeta, aunque en segundo grado respecto de la musa. Si el poeta entonces era una suerte de interprete de esta, el rapsoda es el interprete del interprete. La cuestión entonces será del orden ¿quién inspira a los rapsodas? ¿También la musa? ¿O el conocimiento de lo que el poeta ha querido decir?

Sócrates comienza a tejer su red (mayéutica) mostrándole a Ion los límites de su arte, que al parecer no lo faculta para emitir juicios sobre el objeto de su arte, los poetas. Porque que el rapsoda “conozca” (o crea conocer) bien a cierto poeta no implica que conoce el arte del poeta, es decir, el arte de la poética. Si conociera el arte de la poética, podría hablar sobre cualquier poeta. Pero en tal caso ¿no sería él mismo un poeta? Pero Ion no es un poeta, es un rapsoda que se aventura más allá de los límites de su arte, hablando de los poetas al tiempo que confiesa, por su exclusivo conocimiento de un solo poeta (Homero), su ignorancia.

Ahora bien, Sócrates llega hasta el punto de cuestionar el conocimiento del arte del rapsoda en Ion, ya que si conociera realmente su arte ¿no estaría facultado para comentar, hablar bien de todos los poetas?

Se plantea entonces la pregunta crucial, que define a Ion: ¿cómo puede hablar bien Ion de algo que no conoce, como es la poesía de Homero, puesto que él no es poeta (y menos Homero)? Que habla bien de Homero no se pone en duda, pues todos se lo reconocen. Sócrates apunta a otro lado.

Sócrates pone a Ion en la encrucijada al plantearle que si es al arte y a la ciencia a lo que debe su buena inteligencia de Homero, obra mal con él porque no sólo no lo hace participe sino que tampoco quiere decirle cuáles son los conocimientos en que sobresale. Lo cual Ion no puede hacer, obviamente, ya que él no sobresale más que en el arte de la rapsodia, que implica un saber hablar sobre un no-saber de lo que se habla. (Lo cual, por demás, ¿no define todo hablar?)

Así, pues, si es al arte al que Ion debe su habilidad, engaña a Sócrates. Si es a una inspiración divina se justifica, ya que no está obligado a demostrar conocimiento sobre lo que habla. De esto se desprende que sólo puede hablar bien el que está inspirado, al que la musa inspira -en el arte del poeta. Lo que justifica que el rapsoda pueda hablar bien de un poeta aún sin saber lo que el poeta realmente quiso decir (al fin y al cabo el rapsoda no es el poeta).

¿Acaso puede entonces Ion reafirmarse en su singularidad o ignorancia respecto a la musa? La musa parece ser entonces la oferta que no se puede rechazar.

Hugo Blumenthal
Cali, 1997